

CARIÑOSA DESPEDIDA A "ERMUA"

Existe un refrán frecuentemente invocado en algunas regiones de la Madre Patria, que, como la mayoría de los dichos populares, lleva en su correspondiente moraleja el evidente contenido filosófico producto de la experiencia de las gentes sencillas. Los gitanos —reza el refrán aludido— no quieren hijos con buenos principios.

Lo ocurrido con Félix Arellano, "Ermua", durante su breve estancia y actuación en México, viene a dar en cierto modo razón a las reservas de la "vox populi" condensadas en el dicho antes transcrito.

Félix Arellano debutó en nuestro Palacio de la Pelota con poca fortuna. Fatigado de su viaje, desencachado, nervioso y sin ambiente, sus primeras actuaciones fueron verdaderamente malas. El público se metió con él despiadadamente, silbándole y abucheándole. Crítico de pelota hubo que le aconsejaba públicamente se dedicara pocos menos que a cargador en el mercado de La Merced, pues de jugar a la pelota no sabía ni el abecedario elemental. Casi no ponerse la cesta.

Ello contribuyó a crear en el ánimo del fornido "mutil" vizcaíno un lógico desfondamiento. Salía a la cancha con buena voluntad, dispuesto a demostrar toda su valía; pero cohibido, amedrentado. Acobardado, en una palabra. No terminaba de aclimatarse ni de encajar. El frontón le era extraño, el público hostil. Cosechando derrota tras derrota y en un arranque de desesperación decidió, antes de descender al más vulgar de los ridículos, por dejar de jugar aquí mientras arreglaba su retorno a La Habana.

Nosotros, y con nosotros un grupo de amigos suyos, buenos entendidos en jai-alai, conocedores de su gran clase, su categoría y sus facultades y que pese a las derrotas consecutivas apreciábamos objetivamente en cada partido desafortunado, jugadas de maestro, luchamos, animándole, para que no dejara de actuar. No podía marchar así. Ni por su buen nombre ni por lo que la afición mexicana representa. Y Ermua un día y otro día, casi a empujones, salió a la cancha envuelto

en un complejo donde se entremezclaba su ferviente deseo de ganar a toda costa por un lado y la moral anticipada de derrota por el otro.

Pero Ermua ganó una noche. Y otra. Al calor de los primeros aplausos sintió que su moral se recuperaba. Volvía a encontrarse dueño de sí mismo. Y, consciente de sus facultades, derrumbó a pelotazos en un momento las negruras del ambiente adverso, conquistando de lleno las simpatías y la admiración del público mexicano, que se ha roto las manos ovacionándole con delirio.

Las últimas semanas de Félix Arellano en el Palacio de la Pelota han sido triunfales. Su despedida apoteósica. A requerimientos de la afición mexicana en pleno, hubo de jugar su último partido en estas tierras horas antes de tomar el avión para la Perla de las Antillas. Y todos, público y crítica, que tan hoscos le fueron al comienzo, se hallan hoy de acuerdo en que Ermua es el más peligroso rival de Guillermo, el Monarca de la zaga próximo ya a declinar en uno de los reinados

más sólidos y espléndidos de la historia de la pelota.

Efectivamente Guillermo triunfó sobre Ermua en el partido de despedida; pero para ello hubo de volcar en la cancha, en un esfuerzo supremo, todo lo que Guillermo puede dar. Aun así el triunfo fue por margen escasísimo y tras titánica competencia. Esta pugna nos dió ocasión de presenciar el sin disputa mejor encuentro de la temporada.

Amigos y admiradores acompañaron a Ermua, obsequiándole, hasta la madrugada. Y con mariachis y todo se fueron al campo de aviación los más "aguantadores". Allí le cantaron las mañanitas. Amanecía. El gran Ermua, el que semanas antes, desesperado, quería huir de México a toda costa, lamentaba la firma del contrato que obligábale a presentarse en Cuba. Así son las cosas.

Pero volveremos a ver pronto de nuevo a Ermua. Estamos seguros. Como también estamos seguros que el público mexicano no le dejará entonces marchar en mucho tiempo.

El jueves 4, después del partido de despedida en que actuara el mejor de los Arellanos en forma sensacional, nació espontánea la idea de tributarle un pequeño homenaje de despedida en "petit comité" a Ermua y Uriona. ¡Vámonos al "Sans Souci"! propuso alguien. E irrumpieron en el centro nocturno. Dianas de bienvenida por la orquesta... a los que se marchaban...

A las cuatro y media de la mañana, el aeropuerto presentaba animadísimo aspecto. No podían faltar los mariachis, que pronto fueron despojados de sus típicos sarapes y sombreros. Véase la presencia de Larraco en plan de conquistador, mientras el arquitecto Ruiz abombaba el pecho como ante un marrajo de Carlos Cuevas, al tiempo que Uriona miraba al pajarito del fotógrafo.





Mientras se esperaba la salida del pájaro de acero, los "wiskys" iban surtiendo efectos. Alberto se sintió émulo de Jorge Negrete y pedía que le tocaran la Adelita. El buen señor del primer plano dijo: "Si el chamaco canta, yo me tumbo..." Ermua se contenta con mostrar su bien calcificada dentadura mientras Eguzquiza, Uriona y Turillas observan atentamente las gracias del que se tumba.



El altavoz llama a los pasajeros a ocupar sus lugares. Llegó la hora de los abrazos. Jaime abraza efusivamente a su cuate y "erritarra" (paisano) Ermua a los acordes de la "Golondrina". "Hasta muy pronto". Ya sabes que aquí se te quiere y todos esperan tu vuelta...



Ermua se emocionó tanto con las muestras de afecto que le prodigaron que, en un momento de cidia decidió quedarse en México ante la extrañeza y el pánico de Uriona, pues se mareaba en el avión y... además tenía mucho miedo de ir solo en el vientre del pajaraco de acero. Ante semejantes argumentos Ermua se decidió al fin. ¡Buena suerte!